

La ciudad, encrucijada de la historia y la literatura

ANTONIO MORALES

La *poética urbana* no significa tanto una teoría sobre la ciudad, sino un enfoque, una propuesta, compatible, obviamente, con otras, para su conocimiento. Supone tomar posesión simbólica del patrimonio cultural urbano, sin el que no hay memoria posible, identificando y localizando personas –los hombres y mujeres que física y espiritualmente hicieron la ciudad– acontecimientos, situaciones..., encuadrados en sus paisajes propios, para lo que será necesario el recurso a la historia y al documento, a la literatura y a la imaginación, al monumento arquitectónico o escultórico, al cuadro, el grabado y la fotografía, a la música..., en una plural y compleja lectura.

Ante todo, las referencias literarias, incontables, pues toda ciudad es «literatura». Hay escritores ligados a una ciudad por tan estrechos lazos que basta pensar en uno o en otra para que la asociación surja inmediata: Alejandría y Kavafis –Es *Epolis*, nos dice Trapiello, uno de los poemas donde aparece mejor expresada «la idea de ciudad en sí misma, lo que entendemos en el fondo de nuestro corazón por ciudad y el sueño que creemos adivinar en todas y cada una de las ciudades que nos tientan con su lejanía, su belleza o su imposible hospitalidad»¹– Pessoa y Lisboa, Joyce y Dublín, Galdós y Madrid, Hammet y San Francisco, Matilde Serao y Nápoles, Moravia y Roma... Mas también la fotografía: no cabe hacer la historia moderna de París sin Manville o la de Nueva York sin James E. Abbe ni recordar la América de la Gran Depresión sin John Gutman. O el Cine...

Esta nueva visión de la ciudad en la que realidad y poesía se entrecruzan, en la que lo histórico y lo literario se funden, en la que el documento no impide el sueño, corresponde a una cierta y creciente sensibilidad contemporánea para la que un pasado vivo, una tradición conscientemente elegida, constituye la mejor defensa para humanizar el presente e impedir un futuro degradado: ¿cómo explicar si no el éxito de *El Danubio*? En la estela de Claudio Magris se reedita *Rues de Berlin et d'ailleurs*, de Siegfried Kracauer², tan cercano a Benjamín, y se publican obras como *L'Amour des villes*, de Bruno Fortier³ o *Villes des Habsbourg*⁴, de Thomas Medicus, que, consagrando el fin de las

1. «Un Madrid», *Revista de Occidente*, 128 (enero, 1992), p. 137.

2. *Le Promeneur*, Paris, 1995; sobre Kracauer, cfr. E. Traverso, *Itinéraire d'un intellectuelle nomade*, La Découverte, Paris, 1995.

3. *Madarga*, Paris, 1994.

4. *Le Promeneur*, Paris, 1994.

modernas utopías urbanísticas, recuperan la topografía literaria de las viejas ciudades – Viena, Praga, Budapest, Trieste o Venecia– sumergiéndonos en un pasado, el del Imperio austro-húngaro, que mantiene, junto con el poder de la nostalgia, lazos sutiles con el presente. En *Caen, des pages, des pas: promenades littéraires*, de François Cornière⁵ se mezclan, comenta Frémont, «sus propios recuerdos, el tiempo de la historia y los textos literarios, como si una ciudad debiera estar hecha de una sociabilidad discreta, de encuentros furtivos, de sensibilidad hacia las nubes y las piedras, hacia los hombres ilustres y los desconocidos de la historia, hacia el tiempo que pasa y hacia su inmovilidad. Con Cornière, uno se detiene ante la Prairie o ante la abadía «aux Hommes», pero se hace también una pausa en un cementerio desconocido y uno se cruza con Barbey d'Aurevilly, Simone de Beauvoir, Flaubert, Julien Gracq, Francis Ponge, Malherbe... sin olvidar la venta de helados en el Grand Cours»⁶. Ciertamente, la historia urbana clásica produce síntesis globales tan sólidas como *London. A social history*, de Roy Porter⁷ o *Madrid. Historia de una capital*, de Santos Juliá, David Ringrose y Cristina Segura⁸, en las que, sin embargo, están presentes «el espíritu de la ciudad⁹, la cultura popular, la dimensión «mágica o imaginaria», la «atmósfera urbana» o los procesos de integración y civilización¹⁰.

Esta nueva visión urbana adquiere categoría historiográfica encuadrada en la llamada «Revolución de los lugares de memoria», conceptualizada por Pierre Nora: los «lugares de memoria» a veces materiales y siempre inmateriales, abarcan monumentos, paisajes, lugares... y también fórmulas, representaciones, lemas, fiestas... muchas veces relacionados o creados por personajes concretos. Trabajar sobre la memoria dando vida al pasado, es inseparable del momento concreto en que vivimos, correspondiendo al historiador «rehacer, para los hombres de hoy, una memoria habitable y hecha a la medida del porvenir que ellos quieran trazar». La especificidad de este tipo de historia –su riesgo, en lo que ahora nos importa, sería la conversión de la ciudad en museo– es, a la vez, intelectual, erudita y popular, porque arranca, sí, de la memoria colectiva, pero para profundizarla, verificarla, esclarecerla. Los «lugares de memoria» nos hablan de temas muy concretos, muy familiares que todos conocemos». Esta historia, en fin, al margen de los importantes problemas teóricos que supone: relaciones entre la memoria y la historia, mecanismos de la memoria colectiva, construcción histórica de la tradición... nos devuelve nuestra identidad colectiva¹¹, permitiéndonos en términos de Heidegger y Bollnow, «redescubrir el mundo».

5. Atelier du Gué, Villelongue-d'Aude, 1994.

6. «La ville aujourd'hui», *Le Monde*, 6 janvier, 1995.

7. Hamish Hamilton, Londres, 1994.

8. Alianza Editorial, Madrid, 1994.

9. Verdadero protagonista de *Berlín. The biography of a city*, Pimlico, Londres, 1994.

10. Cfr. J. M. Merriman, *Aux marges de la ville, Faubourgs et banlieus en France (1815-1870)*, Seuil, Paris, 1994.

11. «La révolution des lieux de mémoire», Entrevista de P. Lepape a P. Nora, *Le Monde*, 5 février, 1983.